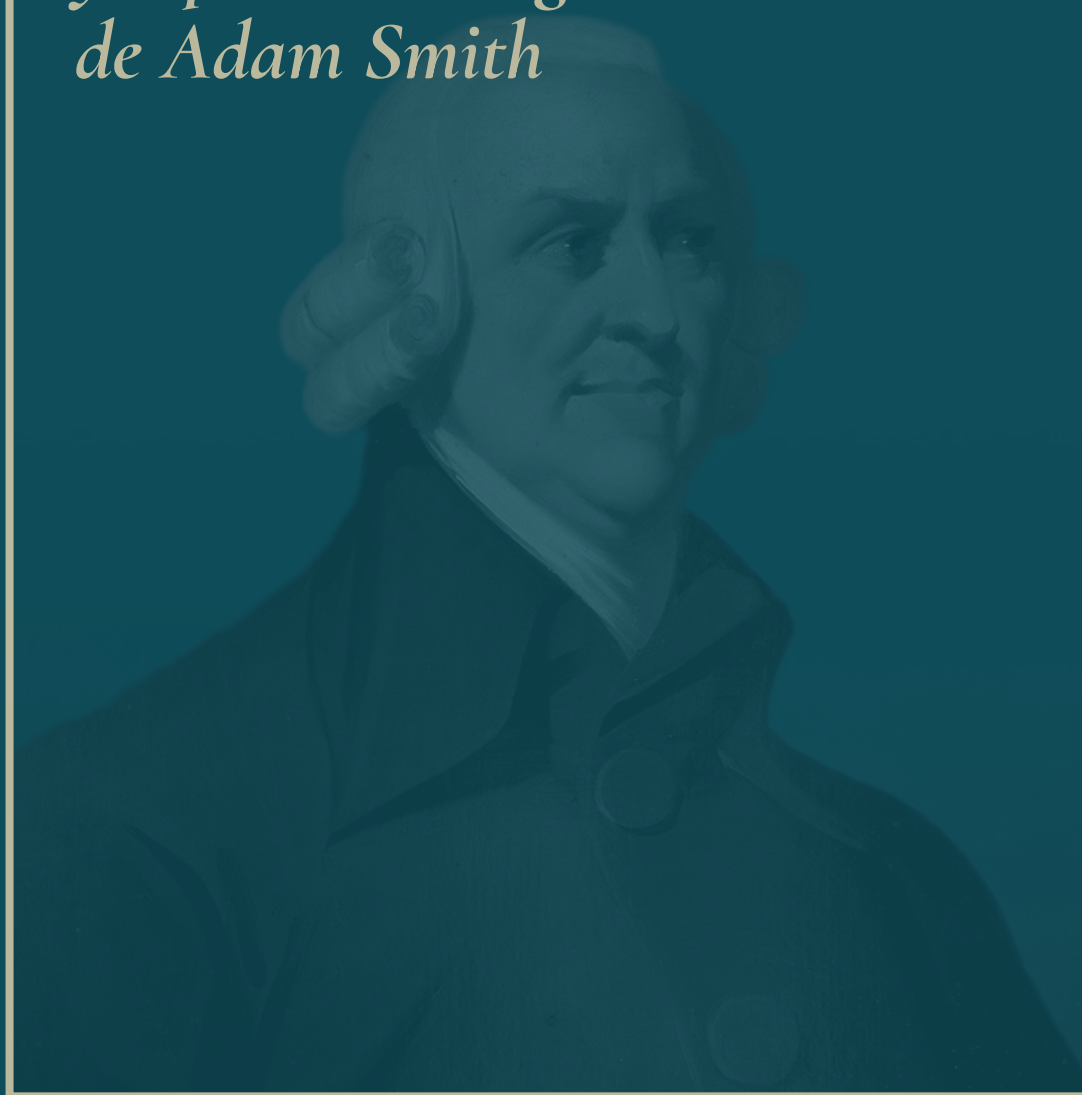


IDEAS

*Una mirada conservadora
y española al legado
de Adam Smith*



XI

Juan Ángel Soto

El 5 de junio de 1723 nació en Kirkcaldy (Escocia) Adam Smith, uno de los principales exponentes de la Ilustración Escocesa, precursor del pensamiento económico moderno y principal figura del liberalismo clásico. El legado intelectual de Smith es monumental como atestigua un sinfín de obras que en él se inspiran o que lo alaban y critican a partes iguales.

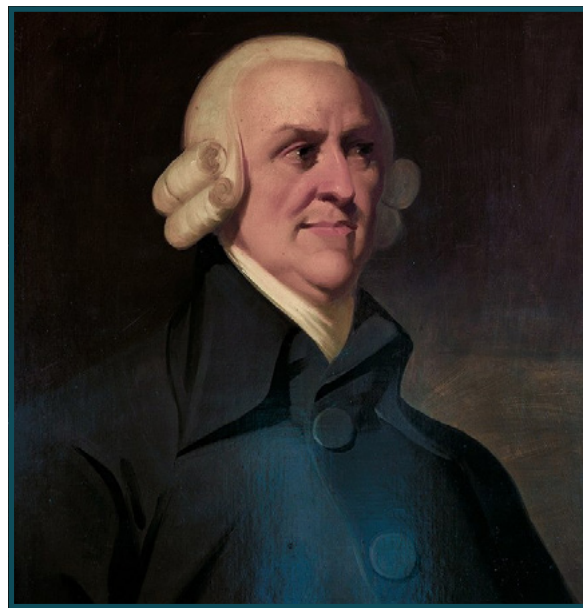
Sin embargo, pese a la multitud de escritos sobre el economista y filósofo escocés, el presente texto presenta una buena oportunidad para reflexionar sobre su obra y marco de pensamiento. Sin embargo, éstos no son sino fruto de una vida también reseñable, y a la que debe hacerse obligada mención.

En primer lugar, es preciso señalar que el propio Smith desconocía la fecha de su nacimiento, por lo que es su bautismo lo que se conmemora hoy. Su tricentésimo aniversario de bautismo.

Resulta evidente que —aunque desconocedor, como la mayoría, de la enorme huella que dejaría su extensa obra— Smith vivió una vida poco común para su época, fruto de su enorme capacidad intelectual y de las personas que le rodearon. En cambio, su historia no estuvo exenta de dificultades, como fue habitual en la de tantos de su tiempo. Su vida, de hecho, comienza con la ausencia de su padre, quien falleció poco antes de nacer él. Huérfano de padre, fue criado por su madre, de cuyos brazos fue arrebatado por unos gitanos a los cuatro años, siendo después rescatado del

fugaz secuestro por su tío. Un comienzo un tanto accidentado de una andadura vital impresionante.

Con apenas catorce años, Smith comenzó sus estudios de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow, bajo el ala de Francis Hutcheson, padre de la Ilustración Escocesa. En 1740 comenzó sus estudios de posgrado en el Balliol College de la Universidad de Oxford. Si bien siempre consideró que su paso por Glasgow fue mucho más enriquecedor que Oxford, al que encontró relativamente pobre. De hecho, en *La riqueza de las naciones* escribió que «*en la Universidad de Oxford los profesores hacía tiempo que habían dejado incluso de pretender que enseñaban*». Una crítica quizá alimentada también por la severa reprimenda que recibió al ser descubierto leyendo una copia del *Tratado de la Naturaleza Humana*, de David Hume.



The Muir portrait, retrato de Adam Smith. Autor desconocido (1800). Scottish National Gallery, Edimburgo.

Su paso por Oxford no fue del todo estéril, dado que Smith optó por formarse por su cuenta a través de la lectura; pasión y deber autoimpuesto por el que frecuentó la impresionante Bodleian Library, que a buen seguro serviría de inspiración para la biblioteca que el propio Smith tendría. Una biblioteca que llegó a albergar más

de mil seiscientos volúmenes, un tamaño muy considerable para su época.

En 1748, Smith comenzó a dar clases en la Universidad de Edimburgo, bajo el patronazgo de Lord Kames y, en 1750, conoció a David Hume —una década mayor que él—, con quien

compartió una gran amistad, así como más inquietud y cercanía intelectual que con cualquier otra figura de la Ilustración Escocesa.

Un año más tarde, ocupó la cátedra de lógica en la Universidad de Glasgow y más tarde de filosofía moral. Después de vivir poco más de una década en Glasgow, Smith vivió tres años viajando por Suiza y Francia como tutor del hijastro de Charles Townshend, el III Duque de Buccleuch. Fue un viaje europeo el que conoció a numerosos pensadores ilustrados franceses como Diderot, D'Alembert y Voltaire, así como otros provenientes del Nuevo Mundo como Benjamin Franklin. También tuvo contacto con los fisiócratas franceses, en los que se inspiró para la elaboración de su propia teoría económica, que se distanciaría de la de aquellos.

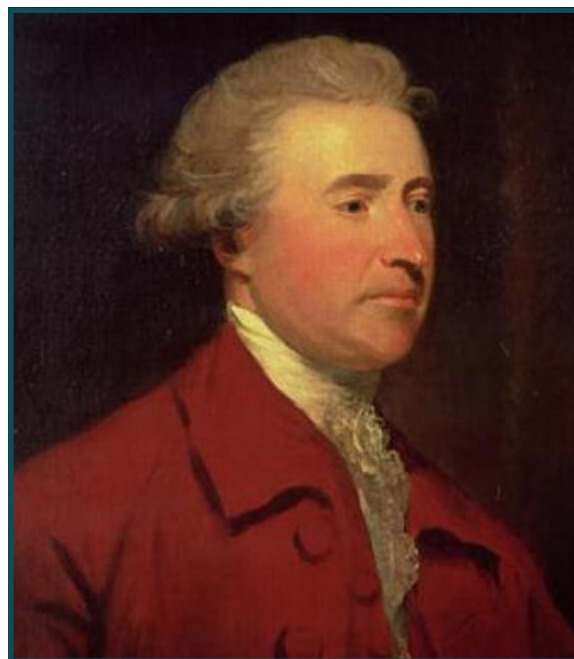
Tras una etapa de vuelta en su natal Kirkcaldy, en 1779 se mudó a Londres durante cinco años en los que trabó amistad, entre otros, con Edmund Burke y Edward Gibbon. Fue nombrado director de Aduana de Edimburgo en 1778 y, de 1787 a 1789, año previo a su muerte por enfermedad, fue el rector honorífico de la Universidad de Glasgow.

Como se desprende de estos sesenta y siete años de trayectoria vital, la historia de Adam Smith fue una de gran intensidad en su producción intelectual y docente, así como una vida acompañada por una comunidad de intelectuales que contribuyeron a cimentar el pensamiento político y económico de la tradición anglosajona y dejaron huella en la obra del propio Smith.

Adam Smith, a menudo aclamado como el padre de la economía moderna, es conocido por su obra seminal, *La riqueza de las naciones*. Sus ideas son parte indisoluble del ideario del liberalismo clásico y el capitalismo de libre mercado. En ese sentido, no resulta sorprendente que unos y otros traten de ganárselo

para su causa asignándole etiquetas que conduzcan a su monopolio por determinadas tribus. Sin embargo, esta actitud es, a mi juicio, una muestra de holgazanería intelectual, en el mejor de los casos, o en el peor de ellos, de revisionismo histórico; de esa construcción de una «memoria» impostada que tanto daño está causando en nuestro país y en Occidente.

Sin embargo, esta actitud es, a mi juicio, una muestra de holgazanería intelectual; de derrota por incomparecencia. No seré yo quien protagonice una intentona de revisionismo histórico, de esa construcción de una «memoria» impostada que tanto daño está causando en nuestro país. No obstante, considero que conviene examinar algunas facetas del pensamiento de Smith en dos sentidos. Por un lado, porque es posible que pueda encajar con un ideario razonablemente conservador de manera que escape al monopolio de un bando cualquiera y, por el contrario, sean muchas las familias que, mirándose en su espejo, se reconozcan en él con relativa facilidad. Por otro lado, porque las ideas de este pensador escocés no sólo encuentran su génesis en otras grandes figuras de la intelectualidad



Retrato de Edmund Burke. James Northcote (1774). Royal Albert Memorial Museum, Exeter (Inglaterra).

francesa o anglosajona, sino también, y de una forma tan relevante como desconocida, de otra escuela de pensamiento eminentemente hispánica: la Escuela de Salamanca.

El afán monopolístico y reduccionista —que, si bien son distintos, suelen ir de la mano— es algo habitual, por otra parte, y es que las categorías de pensamiento resisten difícilmente el paso del tiempo y no tienen un buen envejecer. Por ese motivo, resulta mucho más fidedigno el examen de nociones o conceptos, que no la creación de categorías inservibles y, como tales, falaces. Este es el caso, sin ir más lejos, de un contemporáneo del propio Adam Smith, Edmund Burke, víctima del puritanismo terminológico que tantos estragos causa. Burke es el padre ‘oficial’ del conservadurismo moderno anglosajón, pero, en realidad, habría de serlo de un liberalismo tan clásico como el del propio Smith. Y es que así lo fue en su época, que es como habría de juzgarse la historia y sus protagonistas, en lugar de hacerlo con la mirada empañada y prejuiciosa del presente. Así, Burke era miembro del partido liberal (Whig), desde el que apoyó la resistencia colonial americana al abuso de la metrópoli británica —que, a su juicio, adoptó un comportamiento tiránico— y, posteriormente, se opuso a la Revolución Francesa en sus famosas *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* (1790), en las que criticó la noción de contrato social entre el soberano y las gentes de Rousseau. De hecho, fue precisamente su oposición a este nuevo espíritu revolucionario el que motivó su panfleto *An Appeal from the New to the Old Whigs* (1791) en el que acuñó el término «Old Whig», y a través del que trató de explicar a algunos de sus colegas por qué su rechazo a la Revolución Francesa era totalmente consistente con los principios Whig en lugar de una traición a éstos. Un término que, en última instancia, cristalizó en una nueva facción dentro del partido liberal.

Retomando la figura Smith y como se ha señalado arriba, éste es considerado por muchos como uno de los padres del liberalismo clásico y, en especial, de la concepción liberal predominante en la actualidad. Esta pone el foco en sus aportaciones al campo de la teoría económica y la libertad individual, obviando la riquísima tradición del liberalismo clásico en relación con el asociacionismo y la sociedad civil. Una tradición de la que, junto con Burke, también es miembro destacado Alexis de Tocqueville, condenado al ostracismo ante la preeminencia que se les ha otorgado a autores anti asociacionistas como Hobbes, Locke o Hume.

Sin embargo, Smith compartía con Burke, además de una gran amistad, notables similitudes en su filosofía política. El pensamiento de Smith se remonta a su profundo respeto por la tradición y las instituciones. Creía que la sabiduría acumulada de la sociedad, transmitida a través de costumbres, normas e instituciones, formaba la base sobre la cual se construían comunidades y economías estables. En lugar de abogar por profundas y rápidas transformaciones políticas o sociales, Smith enfatizó la importancia del cambio gradual y la preservación de las estructuras existentes. Esta inclinación es evidente en su crítica de la interferencia estatal en la economía, ya que argumentó que el gobierno debe respetar y defender las prácticas de mercado establecidas y evitar la intervención arbitraria. Se observa, así como la frontera entre el pensamiento liberal y el conservador no es tan evidente en la filosofía política de Smith, como tampoco lo era en Burke.

La visión de Smith de la sociedad como un todo orgánico es otro aspecto que resuena con el pensamiento conservador. Creía que las sociedades evolucionaban naturalmente, con sus instituciones y prácticas desarrollándose con el tiempo para satisfacer las necesidades de sus miembros. Smith rechazó la

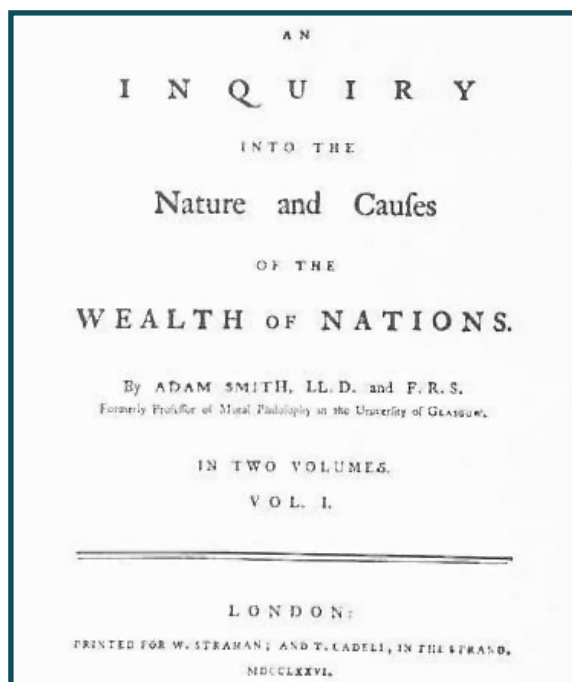
noción de una ingeniería social utópica que pretendía remodelar la sociedad de acuerdo con teorías abstractas. En cambio, abogó por una comprensión de las instituciones sociales como el producto de la acción humana y el desarrollo histórico, que merecen respeto y precaución.

De forma similar, el énfasis de Smith en la intervención gubernamental limitada se alinea tanto con los principios conservadores como con los liberales clásicos. Sostuvo que los gobiernos deberían tener un papel mínimo en la economía y deberían centrarse en mantener la ley y el orden, la defensa nacional y la provisión de bienes públicos. Smith vio la intervención excesiva del gobierno como una amenaza a la libertad individual y la eficiencia del mercado. Su defensa de la economía del *laissez-faire*, donde las fuerzas del mercado determinan los precios y la asignación de recursos, refleja su creencia conservadora en la eficacia de los mecanismos de autorregulación dentro de la sociedad.

Sin embargo, quizá lo más relevante en el pensamiento de Smith sea algo relativamente desconocido, como es su defensa de los fundamentos morales de cualquier sociedad libre. Al contrario que la narrativa predominante de que las ideas de Smith fueron impulsadas únicamente por el interés propio y el individualismo, sus escritos enfatizan la importancia de los fundamentos morales en la sociedad. Smith argumentó que, para que un sistema de mercado funcione debidamente, éste requiere que las personas actúen dentro de un marco de comportamiento ético basado en conceptos como la justicia, la equidad y la empatía. Reconoció que una sociedad saludable no dependía únicamente de actividades egoístas o el interés propio, sino que requería que las personas se adhirieran a estándares morales que fomentaban la confianza, la cooperación y la cohesión social. Pues bien, el énfasis de Smith en los aspectos morales

de la economía se alinea con el pensamiento conservador, que otorga importancia a los valores tradicionales y al papel de la ética en el mantenimiento del orden social.

Este último punto es tan relevante que permite ubicar a Smith como un puente entre estas dos corrientes, una que en la actualidad consideraríamos más liberal-conservadora o comunitarista y otra más liberal-progresista. Adam Smith comprendió que la empatía o, mejor dicho, la solidaridad, son fundamentales, contraviniendo el encumbramiento del utilitarismo por parte de Hume, o del egoísmo hobbesiano. Y quizá la mejor prueba de la importancia que otorgó a estas cuestiones morales es el hecho de que escribiese su *Teoría de los sentimientos morales* (1759) casi dos décadas antes que *La riqueza de las naciones* (1776). Algo que, como puede apreciarse, no es baladí.



Primera página de la edición londinense de 1776 de *La riqueza de las naciones*. Fuente: Wikimedia Commons.

Llegados a este punto, conviene disponer una defensa preventiva frente a los críticos de este reclamo de Smith (también) para el pensamiento conservador: Está ampliamente aceptado rescatar el pensamiento de Burke como conservador cuando él fue un liberal

clásico. De forma similar, ¿por qué no iba a resultar legítimo un proceso semejante con la figura y legado de Smith?

En cuanto al segundo de los dos grandes trabajos de Smith, *La riqueza de las naciones*, ésta es considerada su obra magna y el primer tratado moderno en economía. Sin embargo, también sobre este punto me permito discrepar, aunque no tanto en su contenido como en su linaje o ascendencia. Y lo hago rotundamente, avalado por un legado intelectual formidable, escrito del puño y letra del genio de los escolásticos españoles y portugueses de la Escuela de Salamanca, que también lo fue de Coímbra y Évora, como bien han apuntado recientemente autores de la talla de José Manuel Moreira y André Azevedo.

Se trata así de una escuela de pensamiento eminentemente hispánica que constituye el culmen del apartado intelectual del Siglo de Oro español, que reviste una importancia tal que convierte esta expresión o término en una redundancia. El Siglo de Oro es, por definición, español.

Si las ciudades-estado italianas fueron cuna del Renacimiento en el siglo XV, fue en España y Portugal, a través de sus universidades, donde durante el siglo XVI se acometió un proceso de investigación para la comprensión del mundo, recuperando así el proyecto escolástico en un segundo escolasticismo que partía de la tradición grecorromana y cristiana y que abarcaba la política y la economía, la fe y la razón, la lógica y la ley natural. Se trata de una empresa intelectual de enormes proporciones a la que conviene dar lustro con regularidad, tanto por mérito propio como por el sorprendente desconocimiento de sus logros, tanto por parte de quienes somos herederos de ese legado inmaterial como por el resto del mundo, que disfruta igualmente de su brillantez e ingenio.

El proyecto escolástico consistió en una búsqueda de las leyes universales que gobiernan la manera en que funciona el mundo, reflejo de la universalidad de la razón y la ley natural. Así, si bien la economía no se consideraba una ciencia en sentido estricto, aquellos juristas y teólogos emplearon el razonamiento económico como herramienta para explicar el mundo que les rodeaba y que atravesaba entonces una época de grandes transformaciones, como el descubrimiento de América, que trajo consigo la cuestión de la dignidad de los pueblos indígenas y su igualdad ante la ley, la inflación derivada de la llegada masiva de metales preciosos, etc.

Este desarrollo en el pensamiento económico fue protagonizado por intelectuales católicos, dominicos y jesuitas en su mayoría, de la talla de Francisco de Vitoria, Francisco Suárez, Domingo de Soto, Tomás de Mercado, Martín de Azpilcueta, Diego de Covarrubias o Juan de Mariana. Autores de renombre no solo dentro de los confines ibéricos, sino por toda Europa y, por ende, por el mundo entero. Los escolásticos enseñaron, escribieron y sus obras fueron publicadas —y muchas de ellas prohibidas por revolucionarias— a lo largo y ancho del continente. Dejaron así una huella que, hasta hace medio siglo parecía haberse disipado fuera de nuestras fronteras, pero que en su tiempo tuvo un gran impacto. Ejemplo de ello es que Marianne, encarnación en forma de mujer tocada con un gorro frigio del republicanismo francés, toma prestado su nombre del jesuita español Juan de Mariana, que enseñó en París durante cinco años.

En la actualidad existe un amplio consenso acerca de la contribución de la Escuela de Salamanca en la renovación de la teología, en su trabajo para sentar las bases del derecho de gentes moderno —antecesor del derecho internacional y los derechos humanos— y de la ciencia económica. Así lo han constatado en las últimas décadas reputados

economistas como Friedrich Hayek, premio nobel de economía, quien señaló en una carta en 1979, por motivo de la primera reunión de la Sociedad Mont Pelerin precisamente en Salamanca que «*los principios teóricos de la economía de mercado y los elementos básicos del liberalismo económico no fueron diseñados, como se creía, por calvinistas y protestantes escoceses, sino por los jesuitas y miembros de la Escuela de Salamanca durante el Siglo de Oro español*».

La Escuela Austriaca, del puño y letra de algunos de sus grandes nombres, como Hayek o Rothbard, ha reconocido la deuda que tiene con la Escuela de Salamanca. También lo han hecho otras figuras destacadas como el propio Joseph Schumpeter, quien estudió a los escolásticos y reivindicó su aportación al origen de la ciencia económica. De forma similar, el mundo anglosajón comenzó hace poco más de medio siglo, a descubrir —y admirar— la relevancia del legado de los escolásticos y su influencia en el nacimiento del liberalismo clásico y, en particular, del liberalismo económico. La principal protagonista y pionera en esta exégesis fue, sin lugar a duda, la británica Marjorie Grice-Hutchinson (1909-2003). Tanto su primera obra *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605* (1952) como la segunda, *El Pensamiento Económico temprano en España, 1177-1740* (1978), fueron trabajos seminales que pusieron de relieve fuera de nuestras fronteras —y también dentro de ellas— la trascendencia de la Escuela de Salamanca para la comprensión de la historia del pensamiento económico. Una historia lineal que, directa o indirectamente —seguramente a través de autores franceses— llegó al propio Adam Smith y, de éste, a la citada Escuela Austriaca de economía.

La propia obra de Grice-Hutchinson, *The School of Salamanca* —que no sería publicada hasta la edición en 1954 de su

monumental *History of Economic Analysis*— plantea la hipótesis de si gran parte de los fundamentos de la teoría económica que posteriormente desarrollarían Adam Smith y demás autores ‘clásicos’ ya estaban implícitos en los tratados de los escolásticos. Y todo parece indicar que así fue en cuestiones numerosas cuestiones, como cambios e interés, usura y monopolios, impuestos y precios, valor del dinero y derechos de propiedad, etc.

En particular, en la obra de Smith destaca la influencia del pensador español Francisco de Vitoria. El intelectual burgalés fue uno de los principales exponentes de la Escuela de Salamanca y defendía la idea de que los derechos humanos y la justicia debían ser el fundamento de la economía. Esta noción tuvo una influencia directa en la teoría de Smith sobre la importancia de la libertad individual y la justicia en la economía.

Otro pensador salmantino que se ha relacionado con la obra de Smith es Luis de Molina, quien defendía la idea de que el valor de las cosas no depende únicamente de su utilidad, sino también de su escasez y demanda. Esta idea se puede relacionar con la teoría de Smith sobre la ley de la oferta y la demanda, que es uno de los conceptos clave de su obra.

Uno de los aspectos más relevantes es la importancia que ambos dieron a la ética y la moralidad en el estudio de la economía. La escolástica española defendía la idea de que la actividad económica debía estar enmarcada en un contexto ético y moral, y Smith compartía esta visión al considerar que los actos económicos estaban sujetos a juicios de valor y a la búsqueda del bienestar humano, tema central de su *Teoría de los sentimientos morales*.

Asimismo, la escolástica española sostenía que el libre intercambio y el comercio eran medios legítimos para el enriquecimiento, siempre y cuando se llevaran a cabo de

manera justa y equitativa. Smith también abogó por la importancia del libre comercio como un motor para el crecimiento económico y la prosperidad, pero siempre dentro de un marco de justicia y equidad. Además, tanto la escolástica como Smith reconocían el valor del trabajo y la producción como fuentes de riqueza. La escolástica consideraba el trabajo como una actividad digna y valiosa, y Smith también enfatizaba la importancia del trabajo productivo en la generación de riqueza y el progreso económico.

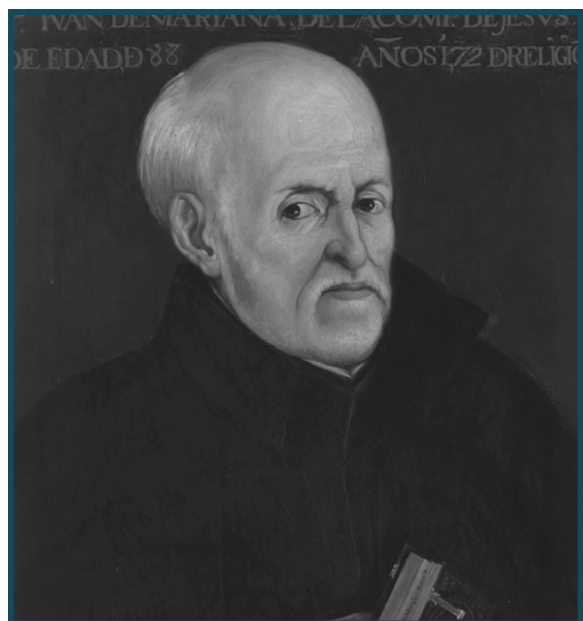
Un Adam Smith más conservador y más español —o, como mínimo, más *salmantino*—. Esas son las dos reivindicaciones que han pretendido llevar a cabo estas líneas. Algo, por otra parte, especialmente revolucionario, a la vista de que ser —verbo más apropiado que «pensar», en este caso— conservador está tan denostado como ser español. Estas reivindicaciones, como figura al inicio de este texto, no buscan acometer un proceso revisionista artificial, sino que persiguen una intención más simple y noble, como es la de hacer justicia. Smith, enemigo acérrimo de los monopolios, en especial de los creados por las estructuras de poder, debe ser rescatado de quienes desean apropiárselo en régimen de exclusividad. Y la tradición de la que fue protagonista, enemiga acérrima de España, ha de reconocer la deuda intelectual que debe a la escolástica española.

En cualquier caso, todo avance en el pensamiento tiene un punto de destino, pero también de origen, como parte de una genealogía. Y, como tal, todos somos deudores de otros. Smith de Vitoria y éste del pensamiento tomista y aristotélico. Sea como fuere, la grandeza de una figura como Adam Smith es incuestionable y merecedora de mucho más que esta humilde reseña biográfica. Pero su valoración también depende en gran medida del observador y de la métrica que éste emplee. Nosotros podemos examinar y admirar

su legado intelectual, encumbrándolo como uno de los padres de la teoría económica moderna. Habrá quien busque la forma de incorporarlo a una tribu —sus admiradores, a la propia; sus detractores, a otras ajenas—. Y habrá quien diga que su mayor logro fue, a título póstumo, el de ser el primer escocés en aparecer en una moneda británica; el billete de veinte libras esterlinas. Quizá Smith estuviese de acuerdo con esta última afirmación. Sea como fuere, hoy conmemoramos a un gran hombre y a su impresionante obra.



Estatua de Francisco de Vitoria frente al convento de San Esteban de Salamanca. Fuente: Wikimedia Commons



El padre Juan de Mariana. Matías Moreno (1878). Museo del Prado, Madrid.

